



Bello y Sarmiento: dos modos de estudiar la historia

Leonel Alvarado

Massey University, New Zealand

Hipertexto

Con el objeto de establecer un diálogo entre el método historiográfico planteado por Bello y las propuestas de Sarmiento es preciso señalar, de entrada, los aspectos que se entrecruzan en ambos modos de hacer historia. En este punto, más que establecer afinidades y contradicciones, me interesa realizar un recuento temático para contar con un referente establecido. Así, los puntos en que ambas perspectivas se tocan, para coincidir y/o repelerse son los siguientes: considerar la historia como un relato de hechos, es decir, una narración dirigida desde la omnisciencia del autor; individualizar las circunstancias presentes en todo acontecimiento, sin dejar de lado aquellos detalles que podrían parecer insignificantes o sin contenido histórico; humanizar el relato de la historia, revitalizándola y centrándose en el estudio de los hombres en su época; ceñirse al modelo iluminista o al romántico, o alternarlos; agotar las fuentes, incorporando todos los materiales, siempre que éstos sean fieles; construir la obra a partir de un plan programático, estético o ideológico; considerar el nivel de recepción como objetivo primordial del texto, enfatizando su poder de convencimiento a través de recursos narrativos, doctrinarios y pedagógicos; promover el encuentro dialéctico entre la historia colectiva y la individual, entre la universal y la nacional; partir de la fidelidad de los hechos o, como contraste, de la ficcionalización (literaria) del texto; estructurar el discurso en dos niveles: el lingüístico y el doctrinario, partiendo del nivel escritural o de la lengua.

En ambos autores, lo narrado se vincula con lo que se sabe del pasado y con el manejo de esa información en otro saber, el de la lengua; es decir, la narración histórica implica la construcción de un discurso sustentado en “el saber de la lengua”. El discurso se apropia de datos, documentos y sucesos que avalan la eficacia del texto, tanto en lo meramente lingüístico como en lo histórico e ideológico. En el texto se cruzan diversos planos de relación a partir de un cuerpo originalmente lingüístico. Para que el texto alcance veracidad histórica —enfatizada en el modelo de Bello y ambivalente en *Facundo*— debe poseer, ante todo, eficacia lingüística. Ésta depende,

además, del modelo teórico aplicado en el análisis de la historia. Es aquí donde surgen las estrategias utilizadas por el historiador: el recuento de datos, la incorporación de documentos de la época y su interpretación, la que puede derivar en un manejo manipulador de las fuentes y los acontecimientos.

Otro factor entra en juego en este punto: el comportamiento del historiador frente al texto y el lenguaje. El saber contar implica la adopción de un discurso —no su imitación, como insiste Bello— que pronto adquiere movilidad bidireccional: descansa sobre el pasado y se proyecta hacia el futuro (Jitrik XVII). De aquí se desprende la intención del historiador como lector de la historia y primer lector de su historia, esto es, del texto que crea y que será leído por otros. En este proceso de lectura y escritura sobre lo leído, tan evidente en las entradas y salidas realizadas por Sarmiento en *Facundo* al agregar o suprimir partes, es donde se filtran en el texto la ideología del autor (*Facundo*) y su intención pedagógica (el modelo de Bello). Ocurre, así, “la fijación de un campo de sentidos” (Jitrik XVII), originados en una lectura interpretativa de la historia, con miras a una lectura posterior. Ésta era una preocupación fundamental para Bello, pues, como educador, enfatizaba el carácter pedagógico del estudio histórico. Por otra parte, insistía en que el historiador no debía manipular la información con el objeto de influir en sus lectores. Por ello, según su planteamiento, el método más eficaz es el narrativo, pues combina la sujeción a los hechos y la incorporación de un ritmo que integra el tiempo de la historia en el presente del lector, haciendo más vívido el texto.

Método y modo: hacia un modelo historiográfico

Una gran diferencia entre Bello y Sarmiento es que el primero definió las características de un método de aproximación histórica que no llegó propiamente a aplicar. Aparte de los textos históricos escritos en Venezuela y la crítica histórico-literaria realizada en Londres, Bello no escribió historia en Chile. En cambio, el texto de Sarmiento, aunque no es la aplicación de un método teóricamente definido, es la puesta en práctica de una serie de concepciones acerca del modo de interpretar la historia. La ausencia de un método no impide la existencia de un “modo”, es decir, una visión de la historia y una estrategia de abordaje en la que coinciden, como veremos después, algunas de las bases teóricas de Bello. Si señalo que el “Modo de estudiar la historia” se convirtió en método, me refiero a lo que sucedió, bajo la tutela de Bello, en la escuela historiográfica chilena: el modo de Bello se impuso como método a través de las lecturas anuales sobre historia de Chile. Fernando Campos Harriet rastrea la aparición de las memorias históricas en Chile, según el modelo implementado por Bello, hasta 1925 (316).

A la posición de Sarmiento frente a un modo o un método de interpretación histórica se agrega el hecho de que, como él mismo lo reconoce, el texto no parte de una realidad “concreta”, en el sentido que da Bello a la expresión, sino de la recreación de esa realidad. Esta aparente falsedad —no en lo tocante a la realidad del personaje, pues se sabe que Juan Facundo Quiroga existió, sino a la fidelidad de los hechos atribuidos a

Quiroga— funciona como estrategia de validación de un texto que encarna en una sociedad y un tiempo definidos. Por ello, como señala Alberto Palcos, “el proyecto básico del texto es crear” tanto una doctrina —“la doctrina que va a consolidar en un solo haz a los dispersos grupos preburgueses bajo la hegemonía de uno de ellos” (citado por Jitrik XXI), como una teorización sobre el método historiográfico sarmientino. Se da, pues, un doble movimiento textual en el orden de las ideas: la doctrina o posición ideológica que va hacia afuera, hacia la sociedad, y la reflexión teórica o estilística que define la estructura del texto. Por lo tanto, se opera un “movimiento de finalidad” (ideológico), superpuesto a un “movimiento de construcción” (metodológico) (Jitrik XVIII).

El texto propone, así, una perspectiva ideológica, un mundo de ideas, y una preocupación acerca de la literatura. Esto se evidencia, además de en el texto, en el “Prólogo a la Segunda Edición”. Según Jitrik, las supresiones realizadas por Sarmiento a la segunda y tercera ediciones dan a conocer tanto la sujeción de la literatura a una finalidad política, como “una magnificada creencia en el poder de la palabra literaria” (Jitrik XXII). El poder de convencimiento que confiere Sarmiento al texto escrito equivale al énfasis que da Bello al convencimiento pedagógico implícito en la historia. La preocupación de ambos es dilucidar la eficacia del texto. Por lo que, para ellos, un elemento de primer orden es el que se refiere a la percepción textual. El texto no se cumple si no provoca reacciones (ideológicas, estéticas, anímicas), y éstas sólo ocurren, según se infiere de la lectura de Bello, cuando el pasado y el futuro se funden en el presente con el lector. Es decir, cuando el lector se reconoce en la historia y determina sus vínculos con ella. Sólo así podrá desatarse el ritmo temporal que reunifica, en *Facundo*, la fragmentación formal y la sujeta en la red de las ideas. Definitivamente, Bello y Sarmiento coinciden en que el texto debe ser eficaz en sí mismo, sin importar el estilo del autor o el empleo de diversos géneros literarios, para tener eficacia en el lector.

Bello habla de la necesidad de fundir todos los géneros posibles en el texto histórico. Enfatiza la utilización de toda clase de documentos y testimonios, siempre que sean fieles, que convaliden lo narrado. Esta es una cuestión trascendental en *Facundo*, pues es un libro que absorbe diversos géneros y no se reduce a ninguno. A propósito, “Palcos nos hace una exposición detallada de la cuestión: es novela, es historia, es poema épico, es ensayo sociológico, etc.” (Jitrik XXII). Jitrik redondea la percepción de Palcos, agregando que el carácter literario de *Facundo* no puede ser definido “desde el ángulo de los géneros sino, por el contrario, desde el efecto de la lectura” (XXII). Volvemos, así, a la relación entre texto y lector, que, en realidad, constituye una estrategia empleada por el autor en una obra que no busca demostrar, sino convencer. De manera similar, Bello dice que, en tanto narrador, el historiador es un contador de relatos. Por ello, comparte la opinión de Abel Villemain, a quien cita extensamente en “Modo de escribir la historia”. Dice Villemain que los historiadores griegos y romanos tuvieron un elemento en común: “el talento de la narración. Todos la han hecho el fin o el medio de sus composiciones, y la han presentado con una ingenuidad candorosa, o con la inspiración de un sentimiento vivo y profundo” (185-86).

La narración se vuelve una forma de propiciar el acercamiento entre la obra y el lector, posibilitando la persuasión “a través de un sentimiento vivo y profundo”.

La narración se impone, de esta forma, a la disertación, con lo que se incorpora otro elemento fundamental al método de Bello y al texto de Sarmiento: la humanización de la historia, de los sujetos de la historia y del discurso histórico. Esto se logra mediante el manejo de dos historias integrales: la colectiva (el marco histórico de la Argentina después de la Independencia) y la individual (los acontecimientos de la vida de Quiroga). En *Facundo*, la humanización consiste en la inserción vital del personaje en los hechos convulsos de una historia real; el sujeto es individualizado y por eso responde al ritmo de los acontecimientos; el relato adquiere veracidad a pesar de la ficcionalización. Así, aunque por vías distintas, Bello y Sarmiento comparten el principio de crear un texto vital, con espíritu y “existencia histórica”. Dice Bello:

...he creído que aplicándome más a referir que a disertar, aun en la exposición de los hechos y resultados generales, podría dar una especie de vida histórica a las masas de hombres como a los personajes individuales, y que de esta manera en el destino político de las naciones hallaríamos algo de aquel interés humano que inspiran involuntariamente los pormenores ingenuos de las vicisitudes de fortuna y las aventuras de un solo hombre. (182)

Según Bello, el método que permite lograr esta aproximación es el inductivo, ya que, al centrarse en los individuos, la historia “no tiene valor, sino por las lecciones que nos da acerca de los medios de hacer felices y virtuosos a los hombres, y los hechos no tienen importancia sino en cuanto representan ideas” (Sismondi citado por Bello 184). Según lo ve Bello, nada carece de importancia al momento de definir los rasgos de una época pasada y de los hombres de la hora. Sismondi se muestra convencido de “la importancia de un examen escrupuloso hasta de las menores circunstancias” (184).

En *Facundo*, la importancia no está tanto en el recuento de los sucesos que conforman la vida de Juan Facundo Quiroga, como en el hecho de mostrar esos sucesos como testimonio de una época. En una conjunción de sujeto y marco histórico, el texto refleja, como señala Bello, “la vida privada de la nación” (cit. por Arado 140). La vida privada, en el texto de Sarmiento y según la percepción de Bello, se convierte en la memoria pública de la nación. Ambos autores parecen estar de acuerdo en que sólo a través de los sucesos que conforman la historia nacional, individualizados y revitalizados, se puede acceder a la “filosofía de la historia”. Lo que difiere es el “modo” de aproximación a los hechos: inductivo en Bello, pues parte del hecho individualizado para elaborar sus reflexiones, y deductivo en Sarmiento, quien define primero el marco de las ideas generales para después llegar a los hechos.

Para Bello, “la filosofía de la historia... es la filosofía del espíritu humano aplicada a la historia” (189). Esta filosofía debe incorporar todos los hechos, volviéndose inclusiva y no excluyente; debe abarcar el todo de la

sociedad y todas sus fuerzas dinámicas y vitales. Por lo tanto, se trata de una metodología que responde a la realidad americana. Este tema surge en “Modo de estudiar la historia”, al refutar las posiciones teóricas de Larreta y Chacón. Bello expresa que el método historiográfico europeo debe asimilarse y adaptarse a la realidad americana, sin imposiciones de ninguna naturaleza. Al advertir sobre los peligros de la imitación, propone realizar un proceso de inducción que implica, no descartar la metodología europea, sino tomarla como guía y modelo para el estudio de la realidad americana: “Leamos, estudiemos las historias europeas; contemplemos de hito en hito el espectáculo particular que cada una de ellas desenvuelve y resume; aceptemos los ejemplos, las lecciones que contienen, que es tal vez en lo que menos se piensa: sírvannos también de modelo y de guía para nuestros trabajos históricos” (198-99).

Como señala Adalbert Dessau, Bello refuta la recepción servil “de criterios y teorías creadas en los países europeos, articulando el postulado de analizar críticamente el proceso histórico universal para apropiarse de una manera creadora sus leyes así como sus resultados más avanzados”. Precisamente, Bello ve la emancipación política como una apertura que puso en contacto a las nuevas naciones con “las naciones más adelantadas y cultas”. Es partidario de sacar provecho de los adelantos del progreso, pues “todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros” (cit. por Dessau 168). Se trata, entonces, de la aplicación de principios históricos y filosóficos universales a la realidad latinoamericana. Por lo que, como dice Dessau, “todas sus ideas partían del principio de unidad del género humano cuyas partes integrantes eran para él las naciones, que vivían cada una en sus condiciones particulares” (169). De ahí que al aplicar leyes de vigencia universal a cada nación, los resultados diferían, debido a las circunstancias particulares de cada región. La realidad se vuelve, así, el espacio en el que se conjuga la dialéctica de lo universal y lo particular. De manera recíproca, la historia americana vendría a enriquecer la historia universal, aportando, no el método, sino los resultados de su aplicación en un contexto distinto.

Bello parte del principio de unidad universal de los hombres, propio de la Ilustración, con lo que armoniza la dialéctica de lo universal y lo nacional. Sarmiento, en cambio, está del lado del desarrollo nacional capitalista que conlleva a la internacionalización y el afianzamiento del principio de competencia entre las naciones. Su énfasis se da en lo nacional más que en lo universal; lo que lleva a una clara disociación, expresada en *Facundo*:

A la República Argentina... le ha hecho falta un Tocqueville, que, premunido del conocimiento de las teorías sociales... viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a Europa... este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos. (9-10)

La gran diferencia es que Bello “tuvo una visión orgánica de la relación entre lo internacional y lo nacional, mientras que los pensadores argentinos optaron por la relatividad de ambas dimensiones del proceso socio-histórico” (Dessau 176).

Cuestión de estilo: divergencias ideológicas y escriturales

Bello resuelve esta interacción dialéctica a través del método inductivo, aplicándolo al estudio de lo americano. El empleo del método inductivo en Bello y la indefinición formal del libro de Sarmiento tienen que ver con un elemento fundamental para ambos: el estilo. Aunque con estilos diferentes, los dos coinciden en la importancia que tiene el convencimiento del lector. Para Bello se trata de ser fiel a la historia y al lector; apearse a los hechos, desconfiando de los historiadores que anteponen la especulación y que parten de ideas generales para llegar a los acontecimientos. Bello comparte, en cierto sentido, la multiplicidad formal empleada por Sarmiento, en lo que se refiere a la integración de fuentes disímiles; en ambos autores, se busca homogeneizar las formas y las fuentes a través del tamiz estilístico, neutralizador, del historiador. En “Modo de escribir la historia”, Bello cita el siguiente párrafo:

Esto es lo que yo he procurado hacer para el gran suceso cuya historia he emprendido. No he consultado más que los documentos y los textos originales, sea para individualizar las varias circunstancias de la narrativa, sea para caracterizar las personas y las poblaciones que figuran en ella. Tanto es lo que he sacado de esos textos, que me lisonjeo de haber dejado poco que tomar. Las tradiciones nacionales de las poblaciones menos conocidas y las antiguas poesías populares, me han suministrado muchas indicaciones acerca del modo de existencia, los sentimientos e ideas de los hombres en los tiempos y lugares a que trasporto al lector. (181-82)

Por su parte, Sarmiento señala que, debido al apresuramiento, procedió de otra manera:

Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce, o disienta en cuanto a algún nombre propio, una fecha, cambiados o puestos fuera de lugar. (4)

En esta nota, que roza la disculpa, Sarmiento deja clara su intención de ceñirse a la verdad, aunque no busque la exactitud de los hechos, como en Bello, porque su objetivo es otro y su historia se da dentro del marco de la ficción. Lo que hace la carta citada es más bien afianzar la veracidad de *Facundo*; no la existencia del personaje —como se demostró después—, sino del marco en el que se desarrollan los hechos. Por ello, aunque habla de retrabajar la obra en el futuro, de “refundirla en un plano nuevo”, se limitó a corregir y suprimir partes del texto en las nuevas ediciones, movido por razones políticas. Resultaría, entonces, que Sarmiento no busca ser fiel a los hechos, sino a su ideología política, y ésta no depende de que la historia sea real, sino de su capacidad de convencimiento.

Para el análisis del pasado, lejano o inmediato, Sarmiento apunta que es necesario “estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que lo forman, y buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares, los puntos en que están pegados”

(9). Por lo tanto, en la Introducción se plantea el estudio histórico como método exhaustivo que el mismo Sarmiento no aplica. Claro que insiste en la importancia de agotar las fuentes y, sobre todo, de realizar un estudio unificador, como propone Bello. De aplicar un método de tales características,

...hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiérase asignado su parte a la configuración del terreno y a los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, india, plebeya...; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la revolución de 1810. (10)

La Introducción, además de su contenido político, constituye el programa metodológico, el modo ideal de escribir la historia que Sarmiento hubiera querido aplicar. Además, esta reflexión teórica parte del texto, de su aplicación, para definirse. Mientras que en Bello, el método sienta las bases a priori, para luego ponerlo a prueba. Sarmiento nos dice que no se encuentra en condiciones de realizar el estudio que propone: “Este estudio que nosotros no estamos aún en estado de hacer por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica, hecho por observadores competentes, habría revelado... un mundo nuevo en política” (10).

Aquí se advierte una diferencia fundamental con respecto al método propuesto por Bello. La obra de Sarmiento —moldeada por un estilo que fusiona, en palabras de Jitrik, una ideología política y una escritural— está ligada a un programa político: la crítica de la dictadura de Rosas y la legitimación “de un proyecto blanco y letrado”. De esta forma, “la escritura de *Facundo* tiene detrás una ambición política: Sarmiento llegará a ser presidente de la República Argentina” (Rotker 54). Por su parte, al promover lecturas anuales de historia chilena en la universidad —lecturas de textos históricos que, con excepción de alguna divergencia, constituían la puesta en práctica de su metodología historiográfica—, Bello se proponía lograr en el campo histórico lo mismo que había planteado en el lingüístico: “la legitimidad nacional... fundada a través del lenguaje, la gramática y la educación” (Rotker 52).

Aunque sus programas difieren, Bello y Sarmiento “coinciden en la necesidad de llenar el vacío, de consolidar un imaginario. La gran diferencia consiste, por supuesto, en cómo cada quien quiere llenar el vacío”. Rotker agrega que a pesar de la polémica que sostuvieron, ambos consideraban “la escritura como modo de consolidar los territorios, las divergencias lingüísticas y la autoridad central” (52). Esta integración de lo territorial, lo lingüístico y lo político conlleva la consolidación de la escritura como territorio en el que convergen todos los factores sociales. Jitrik determina la articulación en *Facundo* de elementos filosóficos, costumbristas, científicos, periodísticos, políticos, gramaticales, histórico-anecdóticos, etc. (XXV). Por vías diferentes, Bello y Sarmiento proponen la homogeneización del discurso histórico, promoviendo, así, la unificación sociopolítica. Ya vimos que la intencionalidad programática también varía en ambos.

En *Facundo*, la unidad de estilo se vincula a la diversidad, la que, a su vez, se articula mediante un ritmo —expositivo, narrativo— que sostiene internamente el texto, es decir, su estructura lingüística y su propuesta ideológica. De manera similar, en el método de Bello, el ritmo interno va hilvanando los diversos componentes textuales, generando un orden que no sólo jerarquiza hechos, personajes, documentos y testimonios históricos que sirven de apoyo, sino que prepara una estrategia de recepción de la obra. El ritmo, que viene desde el pasado y va hacia el futuro, se prolonga en el lector, haciendo del texto histórico un espacio dialógico vital. Bello enfatiza la importancia de revitalizar la historia, sin que ello implique la utilización de argucias demagógicas. Precisamente, éste es uno de los puntos de discrepancia con Lastarria y Chacón, pues considera que la percepción de estos autores, al partir de la generalización, desvía la percepción del texto histórico por parte del lector.

El ritmo narrativo, según lo plantea Bello, contribuye a la eficacia del método inductivo. En el texto de Sismondi, citado por Bello, encontramos la siguiente aseveración:

...he querido que la historia de Italia se presentase a la vista del lector como un grupo aislado; y que él pudiese recorrerla en cierto modo, y contemplarla bajo todos sus aspectos. No he ocultado los sentimientos de que me he sentido animado a vista de ella, pero he querido dejar al lector la independencia de sus juicios. Ahí están los hechos; si alguna otra interpretación les cuadra, puede dármela. (184-85)

Centrándose en el problema de la recepción, Bello y Sarmiento se definen frente a la ejecución lingüística del análisis histórico. Bello propone buscar el equilibrio formal, típicamente neoclásico, y detenerse en la elaboración cuidadosa de la obra, pues le preocupa guiar pedagógicamente al lector; hace suya la cita de Sismondi: “He buscado la historia en los contemporáneos, y tal como se presentó a ellos... Cito siempre sus autoridades para poner al lector imparcial en estado de verificar mi trabajo, y de formar su juicio con los mismos datos que me han servido para el mío” (184). Por su parte, Sarmiento tiene otro tipo de preocupaciones, relacionadas, sobre todo, con su interés programático, es decir, con el hecho de que el libro sea una propuesta de transformación social. Así, se sale del modelo neoclásico y entra de lleno en el romántico. Su misma personalidad exige otras vías de expresión. Para el caso, dice Jitrik, citando a Orgaz, que “Sarmiento posee las características que Tocqueville señaló en los escritores de las democracias, esto es el descuido de la forma, la rapidez de la ejecución antes que la perfección de los detalles, y cierta agilidad verbal, hija de la vehemencia de los afectos” (XXIX).

La posición frente al discurso —en este caso, método o modo historiográfico— se define por el temperamento. En un artículo de 1845, Sarmiento menciona las circunstancias que justifican la urgencia del libro:

Un interés del momento, premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que habría creído poder penetrar algún día, tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel

mis ideas tales como se presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros. (3)

Al enviar el libro al general José María Paz, vuelve sobre las imperfecciones debido al apresuramiento: “Remito a S. E. un ejemplar del *Facundo* que he escrito con el objeto de favorecer la revolución y preparar los espíritus. Obra improvisada, llena de inexactitudes a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de tantos medios de ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino a otro nuevo” (3).

La fórmula en lo que puede llamarse el “modo sarmientino” es “un paisaje para observar y una doctrina para aplicar” (Jitrik XXX). Como Sarmiento lo dice: “Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobretodo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena”. Así, se vinculan el análisis de la fisonomía del país y la narración de los acontecimientos de la vida de Quiroga; ambos elementos actúan como referentes históricos de la nacionalidad. Sarmiento recurre al análisis de la naturaleza, “más que para inferir pronósticos para el futuro, en busca de explicaciones de la historia próxima”. Se logra, por tanto, una “interpretación crítica del paisaje” para definir su perfil moral y caracterizar el espíritu de los pueblos (Caillet-Bois 331). La naturaleza es fuente de historia, mapa teórico y topográfico que, en el caso de la historia argentina, plantea el choque entre civilización y barbarie: “¿Pudo prever Dorrego y su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos Aires, por haberles negado su influencia civilizadora; y que, a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habrían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el Fuerte?” (136). En la Introducción señala que “el mal de la República Argentina es la extensión...”, pues impide la integración civilizadora de los hombres, los recursos y las fuerzas dispersas en la inmensidad. La extensión, además de impedir el avance civilizador, obstaculiza el control autoritario del espacio, por lo que es campo fértil para el florecimiento del despotismo. La civilización de esa “naturaleza salvaje” conduce al desarrollo económico y al control político, es decir, al progreso y a la centralización del poder.

Los elementos históricos de *Facundo* no lo convierten, necesariamente, en un libro histórico. Entre los acontecimientos de la historia argentina incorporados al texto, cabe mencionar: “su preocupación por dar cuenta del agitado devenir que se desprende de las guerras de independencia, su no infrecuente y detallada descripción de las batallas... o de la cambiante fortuna de los personajes centrales del escenario político que se organizó a partir de 1810”. Asimismo, Sarmiento emplea una estrategia de validación de los hechos narrados a través de frases como: “Ésta es la historia de las ciudades argentinas” (74) o “Éste es un hecho fecundo en la historia argentina” (157).

Como vimos, Bello propone dos métodos de aproximación histórica: el narrativo, que sigue un ordenamiento cronológico de los hechos, y el

inductivo, que, partiendo de los hechos, deduce sus consecuencias. En cambio, en *Facundo* predomina el deductivismo, que permite “establecer una vinculación con un campo filosófico más amplio, el de un historicismo sometido por un racionalismo empirista” (Jitrik XLVI). A pesar de imponerse como estrategia para el abordaje de los hechos, el deductivismo da lugar, a veces, a la entrada de la inducción, que parte de hechos particulares y deriva en un sistema amplio de significación. De esto es ejemplo, como señala Jitrik, el análisis del “color colorado” y de los trajes. Un elemento empleado por Sarmiento que lo emparenta con el “estilo narrativo” propuesto por Bello es la “ejemplificación”. El ejemplo abre un espacio narrativo, deteniendo el curso de los acontecimientos. El ritmo se altera, dando a conocer su flexibilidad, cuando se introducen bisagras narrativas para insertar los ejemplos, como cuando el narrador comenta: “Yo he presenciado una escena campestre que...” Esta narración allana —jurídicamente sería un allanamiento de morada— el terreno de los hechos con el doble propósito de expandir la significación y desplazar la acción. El texto se enriquece con este desvío y también pareciera perder el paso. Para volver al orden, el ejemplo debe cerrarse y permitir el curso lógico del relato original. Como contraste, el método de Bello se ciñe a una linealidad narrativa queriendo evitar sobresaltos o “tonos disonantes”. Remontándonos brevemente a la tradición medieval del uso del *ejemplo*, como depositario de doctrina moral y resorte para mantener la atención de los oyentes, podemos determinar su finalidad didáctica y explicativa, su papel como reforzador del sentido y medio de persuasión. Este recurso, como lo narrativo en el planteamiento de Bello, conduce al fin esencial del texto. Baste citar una frase de Villemain acerca del narrador: “Cuenta; y en testimonio de sus juicios, pone a nuestra vista las escenas y los personajes. Helos ahí; nuestro espíritu puede recoger y apropiarse juicios profundos, reflexiones profundas, bajo la forma de imágenes vivientes” (186). Esto es parte esencial del método de Bello y define el uso de los “ejemplos” narrativos en *Facundo*.

Para Sarmiento, como señala Anderson Imbert, “la historia era el desarrollo de un plan providencial y él se sentía gestor de la historia” (164). Al vincular la historia argentina a los designios de la Providencia, Sarmiento “no excluye la ley de progreso, como pudiera creerse: ambos (Progreso y Providencia) son los criterios fundamentales y concordantes que articularán la visión de la historia argentina en los últimos quince años, tal como lo concibe Sarmiento” (Caillet-Bois 343). Por designio providencial, *Facundo* se convierte en el gestor de la “unidad bárbara”, iniciando un movimiento de unidad que le será dado completar a Rosas. En esta visión se enlazan la biografía de Quiroga y la historia argentina: “He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular” (15). Desde la perspectiva de Sarmiento, el resultado ineludible de este plan providencial es el inicio, para Argentina, de una historia de la fatalidad; la biografía del sujeto es el reflejo de una historia nacional que, a los ojos de Sarmiento, adquiere implicaciones dramáticas. Como señala Imbert, es precisamente en “este sentimiento de la vida como drama [donde] pueden reconocerse los elementos de toda una concepción romántica de la historia” (166). Anderson

Imbert insiste en la intención de Sarmiento de construirse a sí mismo como héroe. Así, la concepción romántica de la historia “se confundía con un modo temperamental, espontáneo y originalísimo de sentir que su propia vida era un drama histórico que se estaba representando dentro de la civilización” (170). Por ello, “le rebozaba el sentimiento de ser algo más que un individuo, de ser nada menos que una fuerza histórica” (158).

Como parte de la ruptura total con España —que, dicho sea de paso, no se da en Bello—, los escritores de la generación de 1830 —Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, López y Sarmiento— asumieron una concepción de la historia opuesta a la de la Ilustración. A esto se sumó la influencia del romanticismo francés que, ligado al liberalismo, se convirtió “en conciencia moral, en militancia cívica, en ideal progresista y humanitario, en religión de la libertad” (Imbert 168). Por consiguiente, la historia se concibe como el campo de integración de lo que concierne a la naturaleza, la vida y el espíritu, “en proceso hacia fines superiores; y esa unidad dinámica consiste en que, a través de pueblos diversos, a través de condiciones naturales distintas, siempre se va cumpliendo un plan providencial de civilización” (Imbert 168).

Como he señalado, el historicismo de Sarmiento tiene puntos de contacto con el método de Bello. Para el caso, llega un momento en que las fuentes se entrecruzan: ambos citan a Villemain y a Cousin como teóricos esenciales en su concepción del método historiográfico. La diferencia está en la aplicación de los preceptos teóricos, en las circunstancias históricas y en la intención del autor. La propuesta metodológica de Bello, consolidada en los textos de 1848, fue aplicada al estudio de la historia de Chile. Con lo que Bello, a pesar de “colaborar” en la elaboración de alguna de estas obras, cede su discurso para el análisis del pasado nacional. Su método tiene, entonces, un referente concreto, como él lo exigía, en la historia de Chile. Por otro lado, lo que vemos en *Facundo*, es una especie de “acercamiento indirecto” o, mejor aún, una aproximación ficcional (o literaria) a la historia. Al llegar a la historia desde el discurso literario, el referente no es del todo concreto, como lo es en Bello; a esto debemos agregar que la relación de los tiempos difiere entre ambos autores, pues el método de Bello salta hacia el pasado, mientras que la conexión histórica de *Facundo* es más bien inmediata: la época que sucede a la Emancipación; era un pasado que, en realidad, fue el presente de la infancia y juventud de Sarmiento. Sarmiento se centra en la construcción de una vida individual —un héroe romántico, como agregan Sorensen y Anderson Imbert— depositaria de una historia colectiva. Ya señalé la importancia del programa político perseguido por Sarmiento, que, en Bello, se centra en el estudio histórico de la colectividad. En resumidas cuentas, Bello es el teórico, el orquestador del método, y Sarmiento “el sentidor” que aplica una perspectiva histórica sin “modo” definido. *Facundo* se convierte, así, en la narración de una historia, ficticia y real, en la que el autor quiere insertarse como fuerza renovadora. Esto es parte de un “modo” de ver la historia que, al confrontarlo con el “método” de Bello, se integra a una tradición fundamental para el conocimiento de la realidad americana.

Obras citadas

- Anderson Imbert, Enrique. "El historicismo de Sarmiento". *Cuadernos Americanos* 4.5 (1945): 161-72. Print.
- Arado, Arturo. "Bello y la filosofía latinoamericana". *Bello y la América Latina*. Caracas: Casa de Bello, 1982. Print.
- Bello, Andrés. *Antología de discursos y escritos*. Madrid: Editora Nacional, 1976. Print.
- Caillet-Bois, Julio. "Naturaleza e historia, providencia y libertad en *Facundo* de Sarmiento". *Bulletin Hispanique* 75 (1973): 329-54. Print.
- Campos Harriet, Fernando. "Andrés Bello y la enseñanza de la historia". *Atenea* 443-44 (1981): 309-16. Print.
- Correa Sutil, Sofía. "La concepción historiográfica de Andrés Bello como una forma de acercamiento a la realidad americana". *Bello en Chile*. Tomo II. Caracas: Casa de Bello, 1981. Print.
- Dessau, Adalbert. "La contribución de Andrés Bello a la filosofía latinoamericana". *Bello y la América Latina*. Tomo I. Caracas: Ayacucho, 1981. Print.
- Gazmuri, Cristian. "Algunas influencias europeas en el método historiográfico de Bello". *Bello en Chile*. Tomo II. Caracas: Casa de Bello, 1981. Print.
- Rotker, Susana. "Simón Rodríguez: utopía y transgresión". *Casa de las Américas* 33.191 (1993): 51-57. Print.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo o Civilización y Barbarie*. Prólogo Noé Jitrik. Caracas: Ayacucho, 1977. Print.
- Sorensen Goodrich, Diana. "*Facundo* y los riesgos de la ficción". *Revista Iberoamericana* 54.143 (1988): 573-83. Print.